

LLOYD TUTTELL

Catedrático de Educación
Universidad de Puerto Rico.

PERFECTIBILIDAD INFINITA: LA EDUCACION Y LOS ENCICLOPEDISTAS

“Instruir una nación es civilizarla”.

DIDEROT.

“Para ser feliz y poderoso basta con
perfeccionar la ciencia de la educación”.

HELVECIO.

“Nada emancipa como la educación”.

VOLTAIRE.

DESDE varios puntos de vista podemos decir que la época de la Enciclopedia Francesa fue una era de fe — fe en el hombre y en su inteligencia potencial, fe en la infinita perfectibilidad del hombre, fe en el progreso inevitable y fe en la educación.

Es difícil explicar adecuadamente a los enciclopedistas o su época sin exponer sus numerosas, diversas e importantes di-

ferencias de puntos de vista. Por ejemplo, Diderot, el líder y editor del grupo, hablaba del desacuerdo entre sus ideas a las de uno de sus colaboradores (Rousseau) para poner de ejemplo el “vasto abismo entre el cielo y el infierno”. Sin embargo, existía para estos hombres y su época un “clima de opinión”, que demostraba en gran medida un punto de vista unido en relación con los aspectos de la fe ya mencionada.

Esta fe de los enciclopedistas puede distinguirse de la fe que intentaba reemplazar, porque se dirigía a un futuro mejor en este mundo más bien que hacia una “edad de oro” del pasado o a un futuro imaginado en el otro mundo. Diderot expresaba así esta idea: “La posteridad es para el filósofo lo que el otro mundo es para el religioso”.

Conceptos de educación

Quedó realmente para la posteridad poner en práctica los conceptos educativos de los enciclopedistas. Como sucede en tantos períodos de la historia, las ideas educativas se exponen y se discuten durante generaciones y a veces siglos antes de que se pongan en práctica.

Examinemos algunas de las ideas presentadas por estos hombres, que influyeron más tarde en la educación. Los enciclopedistas no fueron los primeros en propulsar una mayor atención a la ciencia en la educación — sin embargo, la enfatizaron e insistieron en este asunto. En 1775 Diderot escribió para el gobierno ruso un *Plan para una Universidad*, en el cual expuso:

“En la Facultad de Artes, se enseña actualmente, bajo el nombre de bellas letras, dos lenguas muertas que sólo son útiles a un pequeño número de ciudadanos y estas lenguas se estudian durante seis o siete años sin ser aprendidas. En nombre de la retórica se enseña el arte de hablar antes del arte de pensar; bajo el nombre de lógica se llena la cabeza de sutilezas aristotélicas... sublimes e inútiles; bajo el nombre de ética no sé lo que se enseña, pero sé que no se dice una palabra de las facultades de la mente y el corazón; bajo el nombre de metafísica se discuten puntos nimios y enrevesados, sentando así las bases del fanatismo y el escepti-

cismo; bajo el nombre de física, hay una disputa interminable acerca de la materia y el sistema del mundo, ni una palabra de historia natural ni de química ni de los movimientos y la gravitación de los cuerpos; hay muy pocos experimentos, aún menos disección anatómica y ninguna geografía”.

Diderot propuso exaltar el conocimiento científico y subrayar su naturaleza experimental. Además, enfatizó los oficios, que comenzaban a utilizar el conocimiento científico existente. Incluyó en la *Enciclopedia* muchos artículos sobre industria y comercio y demostró su profundo interés en los asuntos seculares frente a los religiosos, asignando diez veces más espacio a un artículo acerca de una máquina para tejer medias que al artículo acerca de las catedrales.

Helvecio también insistió en que la educación sólo sería adecuada si ignoraba la religión y se basaba en asuntos completamente seculares. La ética —insistía— es una materia de interés secular, no religioso. Holbach también exigía que toda educación fuera completamente secular.

Conjuntamente con este interés en lo secular, algunos de los enciclopedistas pedían que la educación fuese universal, pública y gratuita. Al pedir esto, Diderot afirmaba que “instruir una nación es civilizarla”.

Gran parte de la obra de estos hombres consistió en destruir negativamente lo que había ocurrido antes que no era de su agrado. Encontramos que la mayor parte de ellos estaba de acuerdo en querer destruir lo existente, aunque no siempre se ponían de acuerdo en qué habría de reemplazarlo. Holbach se manifestaba en contra de la tradición y los errores del pasado diciendo:

“Esta es la época en que la razón guiada por la experiencia ha de atacar en sus orígenes los prejuicios de que ha sido víctima la humanidad por tanto tiempo... Porque el error se debe a la esclavitud en que han caído la mayor parte de los pueblos... Al error se deben los terrores religiosos que llenan a los hombres de temor o los impulsan a matarse unos a otros por causas ilusorias.

Al error se deben los odios inveterados, las bárbaras persecuciones, la matanza continua y las rebeldes tragedias”.

Algunos atacaron a los enciclopedistas por su exagerada concentración en destruir y su falta de ideas constructivas. Voltaire, no obstante, tenía una respuesta para esos críticos. Cuando se le preguntó qué utilizaría para sustituir la superstición que él quería destruir, contestó: “Muy bien, después que haya liberado a la raza de la bestia feroz que la devora, todavía se me pregunta qué pondré en su lugar”.

Condorcet, que fue profundamente influido por muchos de los enciclopedistas, y que más tarde expuso en términos constructivos muchas de sus ideas acerca de la educación, subrayó el espíritu de la época en su elogio a Buffon en que habla de los tiempos de los enciclopedistas “cuando el espíritu humano se agitó en sus cadenas, las aflojó todas y rompió algunas, cuando las viejas costumbres se sometieron a discusión, cuando todos los espíritus alzaron un vuelo inesperado hacia la libertad”.

Naturaleza autoritaria de la educación

La educación de esta época, como la anterior, era casi totalmente de índole autoritaria. Esto es, consistía de que los que supuestamente poseían la verdad, enseñaban esta verdad a los que no la sabían, y los que no la sabían la memorizaban y repetían lo que habían recibido. La certeza era la orden del día —el conocimiento es cierto, eterno e invariable. Pero el nuevo espíritu insistía en que dudar no era tal calamidad como se había supuesto previamente. Voltaire admitía que “La duda no es un estado muy agradable”, pero decía además que la “seguridad es ridícula”. Temía, como los otros enciclopedistas que “El hombre que me dice —‘Cree como yo o Dios te condenará’, dirá de inmediato— ‘Cree como yo o te asesinaré’ ”. Se insistía en la libertad de las ideas y en una mayor tolerancia hacia las ideas opuestas. La educación no ha sido jamás adecuada cuando ha estado bajo presión de cualquier grupo que insiste que tie-

ne siempre la razón y desalienta las ideas diferentes y persigue a los que las tienen. Podemos agradecer a los enciclopedistas su interés en mayor tolerancia y libertad intelectual.

La idea de igualdad

Algunos de los enciclopedistas llevaron la idea de igualdad más lejos que la de hoy. No sólo insistieron en igualdad de oportunidad —como lo hacemos hoy— sino que llegaron hasta afirmar que todos los hombres son iguales por naturaleza. Si no son iguales en la actualidad no es suya la falta sino la de su educación. Helvecio decía: “La desigualdad de las mentes es el afecto de una causa conocida y esta causa es la diferencia de educación”. Y vuelve a afirmar:

“Si yo pudiera demostrar que el hombre es en verdad el producto de su educación, sin duda habría revelado una gran verdad a las naciones. . . Todo el arte de la educación consiste en poner a los niños en circunstancias adecuadas para desarrollar en ellos los gérmenes de la inteligencia y la virtud. . . La opinión existente de que el genio y la virtud son puros dones de la naturaleza está opuesta al progreso de la ciencia y de la educación y favorece la pereza y la negligencia”.

Los hombres son por tanto lo que la educación hace de ellos. Y todos, los hombres pueden ser sabios y buenos si sólo les damos la debida educación. Tal es el concepto optimista de Helvecio. Podemos imaginarnos el entusiasmo y la esperanza que tal doctrina estimularía en las mentes y los corazones de los hombres por mucho tiempo.

El optimismo fue aún más lejos en otras direcciones. *El hombre puede saber*. Lo que no se sabe hoy puede averiguarse más tarde. Todo conocimiento es posible. “¡Qué entusiasmo es más noble que creer al hombre capaz de conocer todas las fuerzas y descubrir con su labor todos los secretos de la naturaleza!” Buffon, el autor de estas palabras, conjuntamente con sus colaboradores en la *Enciclopedia*, tenía arraigado ese entusiasmo. *Fe en la perfectibilidad del hombre*.

Quizá el más importante, aunque equivocado, aspecto de teoría educativa resultante de la obra de los enciclopedistas fue la fe en la infinita perfectibilidad del hombre. Condorcet, quizá, es el que mejor expresa este sentido de confianza en el futuro cuando afirma:

“El resultado de mi trabajo será demostrar por medio de la razón y de los hechos, que no hay límite al perfeccionamiento de los poderes del hombre; que la perfectibilidad humana es en realidad indefinida; que el progreso de esta perfectibilidad de ahora en adelante, independiente de todo poder que quisiera detenerlo, no tiene otro límite que la duración del globo sobre el cual nos ha colocado la naturaleza”.

Los enciclopedistas eran escépticos con respecto a credos previos —eran suspicaces en relación con las costumbres y la religión— eran incrédulos en cuanto a la teología. Pero, por otra parte, eran crédulos en cuanto a su fe ingenua en la perfectibilidad humana —estaban apasionados supersticiosamente con la idea del progreso eterno e inevitable— y eran exageradamente optimistas en relación con las posibilidades de la educación.

Su fe y nuestra fe

La de ellos era una época en que el exceso de optimismo y de entusiasmo en cuanto al futuro era un ingrediente casi necesario para el progreso. Hoy tales actitudes son peligrosas. Debemos tener cuidado de no cometer esos o semejantes errores. Podemos tener una actitud de optimismo y de consideración para la posteridad, pero debe basarse en hechos más bien que en esperanza e ilusión. Podemos reconocer las grandes contribuciones al progreso del hombre y a la educación de la humanidad realizadas por los enciclopedistas —podemos retener si queremos su fe en el hombre y su inteligencia, podemos conservar si deseamos su fe en la educación. Pero no una fe ingenua, ciega como la de ellos— que no acepte la ilusión de que el progreso es inevitable y que el hombre es eternamente perfectible. Sólo dándonos cuenta de las limitaciones de tal fe ilimitada podemos trabajar adecuada y consecuentemente en pro de los ideales expresados en esa fe.